

Claudio Mathieu, y un belga del país de Luxemburgo, Enrique Sommier, han adquirido una celebridad histórica.

Si la Liga hubiese vencido á Enrique IV, no habrían tenido los historiadores de la orden más que elogios para sus hermanos de París; pero la victoria del gran rey y los beneficios que prodigó á la Compañía los contuvieron. Afortunadamente, los discípulos de Loyola tienen siempre á la mano alguna protesta pública en que hacen ostentación de sus sentimientos cristianos de humildad y de obediencia. Desde luego, el general de la orden, Aquaviva, no cesó de vituperar la intervención de los jesuitas en la política; y, además, ¿no atestiguan las *Constituciones* que les está prohibido inmiscuirse en los negocios temporales? (1). ¡Hé aquí un singular espectáculo! ¡Los jesuitas juran obediencia absoluta á su general; el general les manda que se abstengan de toda intriga política, y los que debían obedecer como *cadáveres* desobedecen, y el general, en vez de irritarse, deja hacer! Oigamos la excusa: "Aquaviva, dice el padre *Jouveney*, representó al papa cuán necesario era, para la gloria de Dios y la salvación de las almas, que la Compañía de Jesús quedase fuera de las luchas políticas; pero el soberano pontífice tomó en mala parte esas representaciones, y extrañó que lo que él aprobaba no recibiese la aprobación de todos" (2). Los jesuitas obedecieron al papa más que á su general; ¿cómo imputárselo á crimen? No hay, pues, más que aplaudir las hazañas de estos fieles servidores de la santa sede.

Conocidos son los increíbles excesos de palabra á que se entregaron los predicadores de la Liga. Para perder á su heroico adversario, no retrocedieron ante ningún medio; diariamente resonaban en la cátedra llamada de la verdad mentiras inventadas por los ungidos del Señor, y groseros, brutales ataques contra Enrique IV. Los jesuitas se distinguieron en esta lucha de calumnias y de falsificaciones. Se necesitaba toda la ceguedad del espíritu de partido para decir que Enrique IV tenía la intención de destruir el catolicismo y que su tolerancia era una tolerancia con reserva mental (3). Pre-

(1) CRÉTINEAU-JOLY, t. II, p. 424, 427-429.

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. v. 1, p. 256, números 136, 137. «Indignari visus est, non probari omnibus, quod ipsi magno opere probarentur.»

(3) *Mémoires de la Ligue*, t. IV, p. 88, 90.

ferimos á estas falsedades, tan perversas como estúpidas, las groseras injurias del padre *Commolet*, que llamó en plena iglesia al rey de Francia tirano, hereje y perro (1). ¿Qué tendía esta guerra desleal? ¿Armar el brazo de los fanáticos contra el último vástago de San Luis. Predicando en Navidad en la iglesia de San Bartolomé, tomó el reverendo *Commolet* por tema el tercer capítulo de los *Jueces*, donde se dice que Aod mató al rey Moab; y después de haber exaltado y puesto entre los ángeles á Jacobo Clemente, el asesino de Enrique III, el predicador exclamó: "¡Necesitamos un Aod, necesitamos un Aod; sea monje, sea soldado, sea galopo, sea pastor, no importa; pero necesitamos un Aod! Sólo nos hace falta ese golpe para poner nuestros negocios en el punto que podemos desear" (2). ¿En interés de quién querían los jesuitas destronar á Enrique IV, aun á costa de un asesinato? El hombre de su predilección era Felipe II. Cuando el rey de España solicitó ser declarado *Protector*, es decir, señor de Francia, los coaligados, á quienes quedaba una gota de sangre francesa en las venas, se opusieron; y los jesuitas, por lo contrario, con el padre provincial á la cabeza, fueron de los más ardientes partidarios de Felipe (3). ¡Singular campeón de la libertad y de la soberanía del pueblo!

Los jesuitas fueron hasta el fin fieles á la Liga; cuando ya el clero coaligado se había sometido, todavía la Compañía de Jesús se negaba á reconocer á Enrique IV. El salvador de Francia, aunque reconciliado con la Iglesia, no había recibido la absolución del papa; y esto bastaba para que el rey legítimo de Francia fuese considerado por los jesuitas como un usurpador. Á los ojos de los ultramarinos de la Liga era, pues, todavía hereje Enrique IV, á pesar de su conversión; y estaba, como tal, excluido del trono hasta que pluguiera al soberano pontífice revocar su deposición (4). Hé ahí cómo comienzan los jesuitas á jugar su papel conservador: ellos son realmente conservadores, mas del poder pontificio; el papa es su verdadero soberano, no la nación ni el rey. Tanto habían predicado los jesuitas que Enrique IV no podía ser rehabilitado ni aun por el soberano pontífice, y que

(1) *Journal de L'ESTOILE* (PETITOT, t. XLVI, p. 128).

(2) PALMA CAYET (PETITOT, t. XLII, p. 284).

(3) PALMA CAYET (PETITOT, t. XXXIX, p. 325).

(4) POIRSON, *Histoire du règne de Henri IV*, t. I, p. 262.

un rey excomulgado y depuesto por la santa sede podía ser asesinado, que un fanático lo tomó por lo serio. Interrogado por qué había concebido tan abominable intento, el asesino dijo: "Que á causa de que el rey no estaba en el seno de la Iglesia hasta que tuviese la aprobación del papa, y que era permitido matar á los reyes, según la doctrina del padre Mariana, sacada de la Sagrada Escritura." "Inquiriendo si la proposición de matar á los reyes era ordinaria en los jesuitas, respondió Châtel que les había oído decir que era permitido matar á Enrique IV, porque estaba fuera de la Iglesia, y que no se le debía obedecer ni tener por rey hasta que fuese aprobado por el papa" (1).

Después del regicidio de Châtel fueron expulsados los jesuitas. El decreto del parlamento les impuso una justa afrenta; los trató de corruptores de la juventud, de perturbadores del reposo público, de enemigos del rey y del Estado, y prohibió á todos los súbditos del rey que enviasen alumnos á los colegios de la Compañía que estaban fuera del reino, so pena de ser tenidos como culpables de lesa majestad (2); mas los jesuitas tuvieron el arte de hacer que les volviese á llamar Enrique IV. El parlamento, por el órgano de su presidente, De Harlay, hizo enérgicas y graves representaciones al rey contra la Compañía de Jesús, y recordó el odioso papel que había jugado en la Liga: "Las demás órdenes religiosas estaban divididas; y todos los que forman parte de ellas no se han apartado de la obediencia debida á Vuestra Majestad; mas los de la Compañía han estado siempre unidos en sus rebeliones; y no sólo no os ha seguido ninguno, sino que *ellos solos* han sido los más acérrimos partidarios entre los antiguos enemigos de vuestra corona." Lo que los jesuitas fueron durante la Liga lo serán siempre y en todas partes: "Cuando Felipe II emprendió la usurpación del reino de Portugal, todas las órdenes religiosas quedaron firmes en la fidelidad debida á su rey; *ellos solos* fueron los desertores para favorecer la dominación de España." El parlamento insistió sobre las funestas doctrinas enseñadas por los jesuitas, que ya habían armado el brazo de muchos fanáticos. "¿Qué no tenemos que temer recordando esos perversos y desleales actos que se

pueden tan fácilmente reproducir?" La doctrina de los jesuitas, añade el parlamento, es tan peligrosa para el Estado como para la seguridad de los príncipes: "Ellos no reconocen por superior sino á nuestro santo padre el papa, á quien prestan juramento de obediencia y de fidelidad en todo, y tienen por máxima indudable que el papa tiene poder de excomulgar á los reyes, y que un rey excomulgado no es más que un tirano contra quien puede sublevarse su pueblo. Enseñan, además, que los clérigos están exentos de obedecer al poder civil y que los reyes no tienen jurisdicción sobre ellos; de tal manera, que los eclesiásticos pueden impunemente ensangrentar sus manos en personas sagradas." Estas máximas, incompatibles con la soberanía laica, acabarán por penetrar en todas las clases de la sociedad por el medio lento, pero irresistible, de la enseñanza y de la educación: "Los mismos parlamentos dejarán perder todos los derechos de vuestra corona y las libertades de la Iglesia de Francia" (1).

No escuchó Enrique IV las representaciones de los magistrados; creyó que se ganaría, dispensándole beneficios, el apoyo de una orden cuya hostilidad era temible; mas los jesuitas demostraron por la milésima vez que no hay beneficio bastante grande para atraerlos á la monarquía cuando los intereses de los reyes se hallan en colisión con los de Roma. Cuando Enrique IV prestaba sus armas contra la Casa de Austria, los jesuitas fueron los primeros que se volvieron contra él: "Predicaron públicamente en presencia del rey que la guerra por los herejes contra los católicos era ilícita, y que sería herir el corazón de Jesucristo, condenándose, por consecuencia, los que emprendieran esta campaña. ¿Cuánto más conveniente no sería emplear esas armas contra los de dentro, un puñado de gentes fácil de exterminar, sólo con que cada cual quisiera barrer delante de sí?" (2). Cosa digna de notarse: esta misma doctrina fué la que armó el brazo de Ravallac.

Ahora sabemos ya en provecho de quién son demócratas los jesuitas, en provecho de quién son revolucionarios. Para dejarse engañar de sus protestas, hay que olvidar que son por sus votos un instrumento ciego del papado y que la invariable

(1) *Mémoires de Condé*, t. VI, dernière partie, p. 161.—CAPEPI GUE, *Histoire de la Réforme*, t. VII, p. 259.

(2) D'ARGENTRÉ, *Collectio Judiciorum*, t. II, p. 524.

(1) *Le Mercure Jésuite*, t. I, p. 594 y siguientes.

(2) *Vie de Duplessis-Mornay*, p. 339.

ambición de los papas es dominar sobre los reyes y sobre los pueblos en nombre de un pretendido derecho divino. Ya hemos dado de esto mil pruebas en el curso de nuestros *Estudios*; mas puesto que los hombres de lo pasado no se cansan de engañar al mundo respecto de los verdaderos designios de la Iglesia, nosotros no nos cansaremos de denunciarlos con el testimonio de sus propios anales. En un siglo que, á pesar de parciales caídas, tiene vivas aspiraciones á la libertad, quisieran transformar en institucion liberal el catolicismo. Á esta falsificacion histórica hemos opuesto las teorías y los hechos; citemos todavía las declaraciones oficiales emanadas de la Liga: "El primer deber de los reyes es conservar y mantener el honor de Dios y de la religion. Miétras los mandamientos del rey y sus actos tiendan á la proteccion y á la defensa de la religion católica, estamos obligados á obedecerlos; mas cuando, por el contrario, sus órdenes y su conducta tiendan á la disipacion de la religion, no estamos obligados á obedecerlos, sino á oponernos á ellos... (1). La Iglesia católica es la Iglesia de Dios; la raiz de esta Iglesia está en el cielo; ella es quien mantiene el estado del mundo; sin sus oraciones, la máquina de este universo no duraría un solo momento, y todo este mundo caería en confusion," (2). ¿Á qué conduce semejante doctrina? Á subordinar el Estado á la Iglesia y los reyes al papa, á hacer del catolicismo la ley de todas las relaciones públicas y privadas. ¿Que se nos diga si quedaría aún una sombra de independéncia á la soberanía civil, una sombra de libertad á los individuos!

§ III.—La reaccion religiosa.

N.º 1.—La educacion de los jesuitas.

Tal es el papel que los jesuitas han jugado en las guerras, en las insurrecciones y en los complots que acompañaron á la reaccion católica. Ese es el lado odioso de su historia. Si triunfaron en Alemania, fué á costa de torrentes de sangre derramados durante treinta años, fué á costa de la maldicion de los pueblos. En Inglaterra y en Francia frac-

(1) *Déclaration des consuls et échevins de Lyon de 1589* (*Archives curieuses*, serie 1.ª, t. XII, p. 309).

(2) *Remontrance des États de Blois au roi* (*Mémoires de la Ligue*, t. III, p. 106).

saron completamente sus intrigas; no produjeron más que un efecto, el odio de su nombre. Para ser justa, la reprobacion debía dirigirse más arriba, porque, como hombres de violencia, los jesuitas no han sido más que un arma en las manos del papa. La orden de Loyola ha tenido otra esfera de accion ménos ruidosa; pero de una influencia más profunda y duradera, la educacion de la juventud. Sigamos á los jesuitas en este terreno; es su título de gloria, á los ojos de los católicos; á los ojos de los libres pensadores, es su título de condenacion.

Los jesuitas que han escrito la historia de su Compañía hacen observar que es la primera comunidad religiosa que se haya propuesto por objeto la instruccion de la juventud, y dicen que fué por un Jón especial de la Providencia, por una gracia divina (1): "Es increíble, dice *Rivadeneira*, cuán provechosa es la educacion para la Sociedad de Jesus y para la fe cristiana; mantiene á los hijos católicos en la religion de sus padres; atrae un número infinito de jóvenes que pertenecen á familias heréticas, y los hijos convierten inmediatamente á sus padres," (2). Los colegios de los jesuitas fueron el gran instrumento de su propaganda. Ábrase la historia de la orden, escrita por los reverendos padres con fe y en el primer fervor religioso, y se leerá á cada página: la Compañía fundó un colegio en tal ciudad, y despues siguen los detalles sobre la prosperidad de estos establecimientos y su influencia en la renovacion del catolicismo. La historia de la orden es la historia de sus colegios; un nuncio del papa los llama las fortalezas de la fe (3), y se les podría comparar con las colonias que los Romanos enviaban á los países bárbaros, á fin de consolidar la conquista, extendiendo á su alrededor la lengua y la civilizacion de la metrópoli. Los colegios de los jesuitas fueron los centros de la reaccion católica.

Fácil era á los jesuitas impresionar las tiernas almas de sus alumnos: es una cera, como ellos mismos dicen, á la cual da el maestro la forma que le place (4). Empleaban su influencia para mante-

(1) *Acta Sanctorum*, Jul. vii, p. 429, números 313-317.—*Historia Societatis Jesu*, t. i, p. 2 y 42 (lib. i, núm. 5, lib. ii, número 64).

(2) *RIVADENEIRA, Vita Loyolæ*, c. 24 (*Acta Sanctorum*, Jul. vii, 731).

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. v, l, p. 288, núm. 46: "Videri divinitus ad conservandam religionem, et expugnandam impietatem genitam provecantem et roboratam hanc aciem" (1586).

(4) *Historia Societatis Jesu*, t. ii, p. 23, núm. 103.

ner en el buen camino á los que ya eran católicos, y para atraer al seno de la Iglesia á los que el veneno de la herejía infectaba; que tal era la reputacion de los colegios dirigidos por la Compañía, y tal la simpleza, hay que añadir, tal la ceguedad de los reformados, que confiaban sus hijos á los reverendos padres. Estaba convenido que los jesuitas no harían propaganda; y ellos mismos van á decirnos cómo respondían á la confianza de los padres: "En *apariciencia*, dice el historiador de la orden, no eran educados los protestantes en la fe católica; pero los profesores se daban tal arte, que sus alumnos herejes se hacían los creyentes más celosos y convertían á toda su familia," (1). Oigamos, además, al historiador de la Compañía acerca de lo que pasó en Praga, donde los Husitas tuvieron la candidez de entregar sus hijos á los jesuitas: "Los espíritus sencillos y manejables seguían fácilmente la mano que los dirigía, y abrazaban insensiblemente la fe de sus maestros. No se necesitaba mucho trabajo para apartarlos de la lectura de los libros heréticos; ellos mismos se denunciaban mutuamente cuando alguno tenía uno de esos escritos apesados," (2). ¡Qué simpática es esta *traicion mutua*, y qué bien saben los jesuitas desarrollar el sentimiento moral en la juventud! Lo mismo sucedió en todas partes. En Viena y en toda la Alemania inferior, los hijos protestantes educados por la Compañía convertían á sus padres: "Daban la vida inmortal á aquellos de quienes habían recibido la vida mortal," (3).

Así sabemos por los mismos jesuitas qué designio se proponían en su enseñanza. Un ilustre escritor, que ha poetizado el cristianismo, traza también un cuadro poético de la educacion de los jesuitas: "Eran singularmente agradables para la juventud, dice *Chateaubriand*; sus maneras cultas quitaban á sus lecciones el tono pedantesco que repugna á la infancia. Como la mayor parte de sus profesores eran hombres de letras, rebuscados en todo el mundo, los jóvenes creían hallarse en una ilustre academia. La Europa sabia ha experimentado una pérdida irreparable en los jesuitas. Natu-

ralistas, botánicos, químicos, matemáticos, mecánicos, astrónomos, poetas, historiadores, traductores, anticuarios, periodistas, no hay una rama de las ciencias que los jesuitas no hayan cultivado con brillo." La realidad está lejos de responder á este ideal. ¿Cuál es el objeto de la instruccion y de la educacion? El desarrollo de las facultades intelectuales y morales del hombre. Y ¿cuál es el fin de la educacion de los jesuitas? "El fin al cual aspira la Compañía, dice Loyola, es ayudar á las almas de sus miembros y á las de sus prójimos á alcanzar la beatitud final para la que han sido creados. Á este efecto hay que juntar la ciencia al ejemplo de una vida pura. Así, despues de haber echado en el espíritu de los novicios el fundamento sólido de la renuncia de si mismo y del progreso en la virtud, se ocupará en el edificio de las bellas letras, á fin de llegar más fácilmente á conocer y honrar mejor á Dios." La piedad es el fin, hé ahí lo que es perfecto; pero ¿qué era la piedad en el siglo XVI? ¿Qué es todavía? "En el colegio germánico de Roma, dice un reverendo padre, *los alumnos eran educados para odiar la herejía y venerar la majestad y santidad de la Iglesia romana*," (1). ¿Cómo se llegaba á inspirar esta idolatría de la Iglesia y este odio de las sectas? La herejía es la manifestacion del libre pensamiento, es la rebelion de la razon contra una dominacion ejercida en nombre de una pretendida fe revelada. Para someter la razon á esta tiranía, para impedir el ejercicio legítimo de una facultad divina, hay que humillarla ante la fe; en vez de desenvolverla, es preciso detenerla ó viciarla, hasta el punto de que para siempre renuncie á abrir los ojos á la luz. La educacion de los jesuitas es la educacion que daban los Escitas á sus esclavos: á fin de tener servidores obedientes, los cegaban. Los jesuitas quieren formar discípulos que sean, como sus maestros, instrumentos en las manos de Roma, y ciegan su inteligencia. Lo que decimos de la educacion de los jesuitas se puede aplicar á toda educacion católica, porque la educacion católica tiene por fin supremo la religion; y como el catolicismo está fundado en una revelacion milagrosa, estando el fin en oposicion con la razon, es necesariamente preciso impedir que ésta se desarrolle. Puesto que la razon no puede aceptar la revelacion, la razon debe

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. ii, p. 25, núm. 108: "Ita erudiebantur ut nominatim minime vocarentur ad fidem catholicam."

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. i, p. 400, núm. 21: "Nullo negotio ab librorum lectione hæreticorum abducebantur, seseque probebant in vicem, si apud quem ejusmodi pestium quidquam viderent."

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. ii, p. 201, núm. 168; t. iii, página 116, núm. 119; t. ii, p. 133, núm. 110.

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. ii, p. 124, núm. 64.